

ROMA, TODAVIA



Bahía de Portmán, el "Portus magnus" de los romanos.

ESQUINA MINERA DE MURCIA

EN la barra de un bar de La Unión, ciudad que llegó a mantener un día sobre el hombro, gallardamente, título tan comprometedor como el de "Nueva California", oigo comentar el reciente descubrimiento de un mosaico romano. Lo certifican dos mineros jóvenes, cuya catadura—patilla copiosa y camisa "pop"—dista bastante del viejo clisé del hombre de la mina, con tracoma y taranta. Han pedido un "whisky" en vez de una "láguena", la clásica y popular mixtura del minero, de un intenso violeta azulado, como la ojera de una Dolorosa.

El mosaico mide 56 metros cuadrados y ha sido localizado en Portmán, a dos pasos de La Unión. A La Unión, corazón de la minería murciana, la rodean poblados que conservan la impronta literaria y aventurera del mejor "western", pero basta con arañar la corteza de la tierra para penetrar en la Edad Antigua. Aquí el pico del minero se clava, antes que el filón azul del plomo, en las vetas de la Historia.

De todos son conocidos los importantes hallazgos arqueológicos habidos en Cartagena, donde si se cava la zanja para levantar los cimientos de un Banco o de un cine se tropieza, indefectiblemente, con Roma, como si la ciudad en vez de regida por Ginés Huertas lo estuviese todavía por Augusto.

Alguien me muestra un denario procedente de un pozo minero. Centellea en su cara, alcanzado por un sol en agonía que recoge sus flecos al otro lado de la sierra, el perfil del emperador. Pienso que, precisamente, solicitando restituir al César lo que es del César, pudo haberlo sostenido Cristo entre sus dedos la tarde aquella del Evangelio.

LA PIEL DE LA HISTORIA

La sierra minera, que arranca de Cartagena y va a dar al mar de Cabo de Falos que es el morir, ofrece la riquísima gama, casi de paleta de pintor, de sus cceres, malvas, bermellones... Absides pétreas, mondas y lirondas lomas sobre las que alguna vez puede pastorear, sin em-

bargo, el tomillo, el palmito de redondo limbo, como un abanico pericón, el báculo episcopal de la pita... Piel de la Historia. Aquí la becamina conduce a los largos pasillos subterráneos pisados por Fenicia, Cartago, Roma...

El llamado "Cabezo Rajao"—el pozo Babelo citado por Polibio—llegó a producirle a Anibal hasta 300 libras de plata al día. Más de 40.000 hombres envía Roma a estos montes, por vaciarles pecho y pulmón. Adosado a las caderas del Cabezo Agudo, como un cíngulo, aparecerán luego los restos de un poblado iberrromano.

Se hace ineludible el viaje a Portmán, al que hay que ganar atravesando la sierra, a cambio de la desgarrada barranca o la cortadura alucinante por la que se despeñan y precipitan vientos que, ululando desesperadamente, bajan a los pueblos y se cueñan por debajo de las puertas para nevar de polvo los muebles "modern style" de los palacetes mineros del novecientos, levantar las faldas de colores de las muchachas y arrancar los pétalos de las dramáticas coronas de trapo de los cementerios.

Presencia oficial de Bellas Artes.

La Historia, enterrada. Abrir cimientos es entrar en la Arqueología. Capitel de la villa romana de Portmán.

**MINISTERIO DE EDUCACION Y CIENCIA
DIRECCION GENERAL DE BELLAS ARTES
EXCAVACION ARQUEOLOGICA Y
ACONDICIONAMIENTO DEL MONUMENTO
VILLA ROMANA DE LA BAHIA DE PORTMAN
CARTAGENA SIGLOS I-IV d.JC**



PORTMAN, UN AVISPERO ARQUEOLÓGICO

A Portmán hay que ir, entre otras razones, porque Portmán es el "Portus Magnus" donde los romanos embarcaban la plata de las minas y porque andan por medio los versos de una copla, que tampoco es cosa de despreciar:

*Un duro me apostaría
que en el hoyo de Portmán
no hay recua como la mía.*

Castillo-Fuche debió alcanzarle el son. Me preguntó: "Oye, ¿vale la pena bajar a Portmán?" Bajó, claro, para escribir en seguida cosas muy buenas sobre este "paisaje kafkiano, pero no asfixiante".

Fueno, pues de Portmán, paisaje aparte, hay que buscar al cura y entablar conversación cerrada con él. Al cura, seguramente de andar zascandileando por la vieja cultura de Roma, cara de romano se le ha puesto. Los del pueblo se enteraron de las aficiones de don Luis Díaz Martínez cuando, después de su misa, una mañana reunió a un grupo de muchachos y, pala en ristre, se echaron al monte, a olfatear a Roma.

Contar y no acabar de aquellas aventuras que acercaron al convencimiento de todos lo que ya se venía barruntando: Portmán es un avispero de posibilidades arqueológicas.

EL CURA DEL "PORTUS MAGNUS"

Doy fe de que el cura del "Portus Magnus" domina el tema de sus aficiones y que a gusto se encuentra en el mismo, y que a la postre termina por asomarle a los ojos el niño grande que lleva dentro, uno de esos niños que se sienten totalmente felices con su cometa de papel o su pelota de goma.

Desde luego uno dispone de un profundo respeto por estos muchachos que, además de hacer bajar cada día a Dios sobre el mantel del altar, organizan un tele-club, dirigen las obras de albañilería de su iglesia, componen una estupenda homilía, proporcionan un rato de compañía misericordiosa al que lo ha de menester y encima disponen del tiempo justo para tirar del telón del olvido y dejar al descubierto, al aire de la sorpresa, una villa romana. Así, como suena.

—Veníamos de una de nuestras excursiones, rastreando, como otras tantas veces, la buena presa arqueológica. Los chicos y yo.

—Siga, don Luis.

—Entramos en la "Huerta del Paturro", frente al mar. Para descansar un rato. Bastó apartar un poco de tierra para que apareciese el mosaico, con la diosa y el pavo real. Pura casualidad, créame.

Después — benditas casualidades para las que hacen falta muchos kilos de vocación, arrobas de amor — ha venido todo lo demás: las termas, la escalinata, el friso tallado, la cerámica con el caballo alado y la greca de flores...

El cura se exalta, gozosamente, adelantando la imagen de la villa reconstruida, con el mirto y el ciprés, de un verde tierno todavía, y el tallo de agua del surtidor salpicando el mármol, pero acaba llevándome a ver a su iglesia, de aire y blancura coloniales, con la efigie de Santiago desembarcando, precisamente, en esta costa.

La vieira que pende de la esclavina del Santo ya no es la concha nacarada y pagana de Afrodita, sino el austero cuenco bautismal de España.

LOS SUEÑOS PERDIDOS

El cura avisó, oficialmente, claro, y la operación de rescate de la villa romana de Portmán continúa hoy bajo la dirección del consejero provincial de la Dirección General de Bellas Artes, don Manuel Jorge Aragoneses, cuyo talento y sensibilidad artística tan afortunados resultados han venido proporcionando a Murcia.

En el transcurso de las obras, otra vez colcreada la piedra por el sol, la imaginación va dibujando el posible milagro que, restituyendo ambientes, pueda trocar la actual levadura arqueológica, un

poco al modo de la feliz experiencia que en Málaga ha llegado a convertir un amorfo amontonamiento de piedras venerables en la actual Alcazaba, en una espléndida realidad futura.

Portmán había soñado un día — para eso dispone de una de las más bellas playas del litoral murciano — con una más que legítima aspiración a convertirse en una apetecible zona veraniega. Se había proyectado ya un paseo marítimo y un buen hotel, pero los residuos mineros de los lavaderos, como el ala de un ángel exterminador, al ennegrecer la playa, ha acabado por barrer toda posibilidad turística.

Ahora, Portmán puede quedar, al menos, en vitrina arqueológica, oficio tampoco manco que se diga, me parece. Sus gentes, sencillas y señoriales a la vez, habituadas a tantos silencios y a tantas soledades, así lo esperan. Han perdido, definitivamente, la torre de apartamentos, el "night-club" y el patín acuático, pero como verdaderos patricios vienen pisando desde hace dos mil años, mosaicos y cenefa de rosas, pájaros, dioses... Saben, además, que bajar a la mina, abrir los cimientos de una estación de servicio o, simplemente, darse una vuelta por la "Huerta del Paturro" equivale a matricularse en un curso de arqueología.

Asensio SAEZ
(Fotos: Luis Díaz)

Impresionante grieta del viejo pozo Babelo, citado por Polibio, en La Unión.



Como verdaderos patricios, las gentes vienen pisando aquí, desde hace 2.000 años, sobre mosaicos con cenefa de rosas, pájaros, dioses...

Aparecen frisos, basas de columnas, fragmentos de estatuas... El pico del minero se clava aquí, antes que en el filón azul del plomo, en las vetas de la Historia.

